

The background of the cover is a detailed illustration of a medieval battle scene. In the foreground, a knight in full plate armor is mounted on a horse, facing away from the viewer. To the right, another knight in a dark tunic and hooded cloak is on foot, holding a long staff or pole. In the background, there are stone towers and battlements, with several flags flying from the towers. The scene is set in a hazy, dusty atmosphere, suggesting a recent battle or a siege.

*Trilogía de Jorge Maniaces*

Parte I

*Los años de hierro*

Roberto Zapata

*Jorge Maniaces*

*Los años de hierro*

Roberto Zapata Rodríguez

*Mi señor Gudelio*

*Tu hombre Demetrio llegó a esta santa casa para recoger a tus hijos. Se van como frutos maduros para la cosecha. Durante el tiempo que han permanecido en Santa Ana nos hemos esforzado por hacerlos jóvenes temerosos de Dios, aplicados en las artes y saberes de los hombres y dignos en comportamiento y conducta del ejemplo de su honorable padre, que tanta caridad ha demostrado con nuestra institución. Tu hijo José en el año que ha permanecido entre nosotros ha mostrado las más hermosas promesas que de un primogénito pueden esperarse, aunque la brevedad de su estancia en esta casa no le ha permitido completar sus estudios. José ha manifestado su deseo servir al sagrado basileo. El oficio de las armas parece el más adecuado para su naturaleza.*

*Su hermano Jorge muestra mayor capacidad para el estudio y la lectura. Es un estudiante adelantado a su edad no solo por el tamaño y el vigor de su cuerpo. Sus aptitudes le permitirían entrar en el servicio divino con gran ventaja aunque el niño se ha mostrado frío cuando le hemos animado en ese camino. Es obstinado y en ocasiones muestra un carácter difícil.*

*La temprana muerte de su madre, la querida señora Eufrosina, por la que seguimos orando en nuestro retiro, le ha convertido en un muchacho maduro antes de su hora.*

*De acuerdo con tus instrucciones recibimos al pequeño Teofilacto, que será instruido como sus hermanos. Nuestra congregación te agradece una vez más la donación entregada por tu enviado. Será dedicada, como las anteriores, al refresco y mantenimiento de los hermanos de este monasterio, así como a los oficios perpetuos en memoria de tu esposa, nuestra añorada benefactora.*

*Que la bendición de la Teotoco y de Santa Ana te acompañen.*

*Tu hermano en Cristo*

*Teopempto, higúmeno*

*Libro I*  
*Flabianas*

# I

## *El primer hombre*

*En el thema de Carsiano. Otoño de 6520 (1012 d.C.)*

“¡Yorgui, Yorgui, ven aquí!, ¡no voy a esperar más!”.

El muchacho hizo girar su caballo y miró hacia atrás sin saber qué hacer. Su hermano estaba acucillado al lado del bulto ensangrentado. Los demás se alejaban a buen paso sin prestar atención a los rezagados y eso le puso nervioso. Miró hacia la ladera con inquietud. Podía haber más bandidos ocultos en el desfiladero.

Pero la curiosidad pudo más. Padre estaba demasiado cerca para que alguno se atreviera a bajar ahora. Si se daban prisa se reunirían pronto con el resto. Espoleó el caballo en dirección a la entrada del desfiladero. Parecía que habían pasado por allí mucho tiempo atrás y sin embargo todo el asunto había sido breve. Los hombres del señor Gudelio habían hecho su trabajo con la misma indiferencia con que se le corta el cuello a una gallina. A eso todavía no estaba acostumbrado.

Mientras se acercaba a su hermano podía reconocer su mirada impaciente y algo parecido al desprecio.

*No me respeta*, pensó el niño.

-¿Vive todavía? –Intentó que su voz pareciese serena.

Su intento no confundió a su hermano. Éste soltó un bufido. “No le queda mucho, lo juro por mi cabeza ¿Por qué tardaste tanto?”.

Tartamudeó sin poderlo evitar. José le ponía nervioso y a veces era incapaz de ocultarlo.

-Padre se va y no quería quedar atrás.

El muchacho mayor resopló de nuevo como si oírlo confirmase sus sospechas.

-¿Crees que padre va a decirnos si tenemos que mear o no? –siseó las palabras lentamente, con veneno –aprende a decidir como un hombre o viste el hábito, media mujer. Si un búlgaro se presenta ante ti no durarás mucho si lo único que haces es esperar.

Sintió el rubor en la cara. Era injusto que le acusase cuando solo era prudente.

-No soy un cobarde, José y tú no hables tan alto. Todavía no has tenido a tu primer hombre tampoco.

El mayor sonrió con malicia. “No falta mucho. Ahora calla y observa a la señora muerte de cerca”.

Señaló con el mentón en dirección al hombre tendido. El bandolero era joven todavía, con el primer vello en su cara. Yacía en el suelo con las manos en el vientre, intentando contener la salida de las vísceras. El corte lo había abierto como un puerco. La sangre se filtraba entre sus dedos sin poder evitar que la vida se escapase en cada latido. Una herida en un lado de la cabeza le hacía parecer deforme. El cráneo estaba hinchado, fracturado con seguridad. Un golpe de maza puede hacer eso.

José se inclinó hacia el herido. Lo contempló con interés durante unos instantes, escuchando con seriedad sus gemidos, como si se compadeciese de su agonía. Tanteó con un dedo la herida. El hombre se quejó más alto, diciendo algo incoherente.

José apretó más. El dedo penetró en la carne hinchada. Algo viscoso rebotó por los bordes de la herida. El hombre chilló desgarradoramente y se agitó, intentando escapar del dolor en su inconsciencia.

José siguió apretando. Respiraba pesadamente, con toda su atención puesta en la tarea. Cuando se consideró satisfecho, retiró la mano y contempló los restos en sus dedos. El niño pensó que parecía desear introducirlos en la boca para probar el

sabor de la muerte. José desechó esa ocurrencia si la había tenido y le miró con frialdad.

-Mira con atención –señaló la herida –Ahí le alcanzó padre. ¿Ves la línea del corte? Es mortal. Si golpeas así no temas que te acuchillen por la espalda o le corten los tendones a tu caballo.

Jorge no contestó. Estaba fascinado por la visión de la muerte inminente. Parecía algo irreal. Solo unos momentos antes los tres bandidos habían atacado. Querían golpear al último hombre y provocar una estampida en el desfiladero. Con suerte habrían podido llevarse una o dos mulas.

Eran pocos para enfrentarse a un séquito armado como éste. En días así tenían que picar como tábanos y retirarse con lo que pudieran arrancar confiando en que los viajeros no se atreverían a seguirlos por el monte.

Mala fortuna para ellos que uno de los criados los vio bajar. Silbó a los otros sin descomponerse mientras descolgaba el arco. Un tiro afortunado acertó en el hombro al que iba delante y lo hizo caer rodando entre las piedras. El segundo fue abatido por el jinete que cabalgaba en cabeza. Se había vuelto con agilidad al ver lo que ocurría y cayó sobre él mientras intentaba tirar desesperadamente de una mula para sacarla del camino. El tercer ladrón al ver la suerte de sus compañeros escapó por su vida gateando por la ladera. Después solo quedó la tarea de matarifes para los criados. Agarraron al hombre aturdido y lo degollaron como a una oveja. Lo arrojaron a un lado para que se desangrara y se dirigieron hacia su compañero.

El jinete levantó la mano. “Haced esperar a los cuervos”.

El hombre se retorció en el suelo. Uno de los criados llegó hasta él y le abrió el vientre con el cuchillo. Suficiente para abrir sus tripas pero no para acabar con sus sufrimientos. El señor ya se había dado la vuelta sin dirigir una mirada más, olvidado todo lo que había pasado.

Y después los muchachos se habían quedado atrás.

Le despertó de sus pensamientos la voz de su hermano. José estaba impaciente.

-Nos estamos retrasando. Vamos a acabar con él.



Mientras lo decía rebuscó en su cinturón hasta encontrar un cuchillo pequeño, de los que se usan para comer.

El niño lo miró sorprendido.

-¿Vas a matarlo así?

Su hermano le apuntó con el dedo. Todavía estaba cubierto con la inmundicia que había escarbado en la herida. La visión le provocó náuseas.

-¿No te apetece tener a tu primer hombre? –le dijo con la mirada torcida.

Su hermano en estos días no parecía tener nunca buena disposición hacia él. En Santa Ana se había comportado mejor, pero ahora sentía que lo odiaba cada vez más.

-El oficio de carnicero no es propio de un guerrero –contestó para mantener la dignidad.

José rió entre dientes. “Supongo que así se disculpan los cobardes. Aparta y no me molestes más”.

Jorge se hizo a un lado luchando consigo mismo. Quería que su hermano entendiese que no había honor en lo que iba a hacer. No en acabar con el hombre, que estaba condenado, sino en el placer que parecía experimentar José como dispensador de su muerte. Había algo en ello repelente y atractivo a la vez y su hermano parecía saborearlo. Tener poder de vida y muerte sobre alguien no era algo que hubiese aprendido en Santa Ana. Ahora era otro más de los cambios en su vida.

José estaba ajeno a cualquier otra preocupación. Estudió con interés el rostro del herido buscando el punto donde infligir el golpe de gracia. Jorge se sintió incómodo por la morosidad de su hermano.

-Acaba de una vez con este desgraciado.

José no separó los ojos del herido al contestar. “Espera, ésta es una oportunidad para mejorar mis habilidades. Deseo hacerlo bien”.

Jorge hizo un último intento. “No es una gallina como las que matábamos en Santa Ana. ¿No sientes nada?”.

-Calla, necio –gruñó José empujándolo hacia atrás con rabia.

Se quedó sentado mientras veía a su hermano colocar con cuidado el cuchillo. José esperó un momento. Respiraba con agitación mientras se pasaba la lengua por los labios. Con un último resoplido empujó hacia abajo ayudándose con las dos manos.

El hombre emitió algunos sonidos ahogados. Su cuerpo se convulsionó violentamente durante unos momentos. Después se quedó inmóvil mientras la sangre seguía saliendo a borbotones. José extrajo el cuchillo y lo limpió en los restos del manto. Se irguió y miró a su hermano con nuevo vigor.

-Está hecho, regresamos con padre –la orden no tenía discusión y Jorge no deseaba permanecer más tiempo allí.

Mientras ponían los caballos a un trote relajado sintió una extraña sensación en el estómago. La primera experiencia en combate había sido fugaz y extraña. Algo muy distinto a lo que siempre había soñado. En Santa Ana hablar de la guerra no era bien visto, pero nadie podía ordenar en sus pensamientos cuando estaba solo. Siempre había pensado en ella tal y como cantan los poemas que había leído durante el tiempo de estudio.

La guerra es algo solemne, la ocasión en que los hombres de honor se encuentran para decidir cuál merece la mayor distinción. Los guerreros luchan por el emperador y rechazan a los sarracenos y a los búlgaros y vuelven a casa entre el sonido de los tambores, con sus armaduras brillando al sol. No había suciedad ni miseria en esos sueños. Los soldados y los caballeros morían cumpliendo con su deber de proteger la Romania pero nunca en medio de un charco de sangre y excrementos, con los sesos esparcidos en el suelo.

Ahora en cambio solo podía oír una y otra vez el sonido de la maza golpeando en la cabeza del bandido. La indiferencia con la que su padre lo había despachado, con la facilidad de aquello que se hace sin darle mayor importancia, le había impresionado más que cualquier otra cosa.

Los caballos alcanzaron la parte de atrás del grupo. Uno de los hombres les sonrió.

-¿Os habéis quedado con sus orejas? Es un buen recuerdo.

José le miró con irritación. “No se me ocurrió”.

El otro no pareció prestar atención. Se volvió en la silla y siguió hablando. “El mío fue un búlgaro, cerca de Dorostolon, cuando estaba con Teodorocano el mayor. Las tuve conmigo hasta que se ennegrecieron y luego se las eché a los perros.”

-¿Para qué sirve entonces un trofeo tan miserable? –preguntó José.

-Me lo enseñó un hombre del *oikos* de Liparites el ibero. Ese hombre era muy hábil en el arte.

Jorge le miró con incredulidad. “¿Entre qué bárbaros se considera eso digno de elogio?”

El hombre no parecía molesto en absoluto por su impertinencia. “Entre los iberos es señal de hombría, joven señor. Son maestros del cuchillo y el lazo y con mucha memoria para las afrentas. Nada es más placentero para ellos que conservar el trofeo de un enemigo vencido. Salen de entre las piernas de sus madres dando cuchilladas. Les llamas bárbaros. Puede que lo sean, pero prefiero que cabalguen a mi lado y no tenerlos enfrente.”

“¿Orejas?”, repitió como un eco José con un gesto de repugnancia. “Eso no es adorno para un romano. Un guerrero debe tener oro en sus brazos y un collar de plata en el pecho”.

-Sí, joven señor –sonrió el hombre.

Parecía haber escuchado esas palabras antes y por algún motivo ese pensamiento le causaba diversión.

-El oro y la plata te darán fama, honor y mujeres si las quieres tomar, pero encontrarás muchos otros que desean lo mismo. Prepárate para agarrarlos con uñas y dientes porque solo llegarán con sangre y esfuerzo.

José resopló despectivamente sin dignarse contestar.

En aquel momento se oyó una voz seca desde la cabeza. El señor Gudelio se impacientaba.

-¡Basta de palabras sin sentido!

El escudero se puso rígido sobre la silla y calló.

-Hay que recuperar tiempo para llegar a Tabia antes de la noche. José y Jorge, arreád vuestros caballos o por la cabeza de Cristo que os haré probar la fusta. Tú, Miguel, calla o te envío de vuelta a Barzulon con la cabeza enterrada en el culo. Cuando necesite tus servicios como pedagogo te lo haré saber. Ahora ocúpate de la aguada y llévate a Juanicio y Esteban contigo. Explora bien el camino. No quiero más sorpresas por hoy.

Y con eso volvió a cabalgar en el silencio sombrío que era habitual en él desde el comienzo del viaje.

La expedición siguió su camino sin incidencias mientras la tarde se ponía sobre las montañas. Era noche cerrada cuando llegaron a las inmediaciones del *kastron* de Tabia. Los centinelas se mostraron muy remisos. Fue necesario un intercambio de gritos muy acalorado para convencerlos de que debían abrir las puertas a esas horas de la noche.

El grupo se alojó en una de las posadas más cercanas a la entrada. Después de atender a los animales y preparar una ligera cena de pan, queso y carne fría de cabra acompañada de vino aguado el posadero acompañó al señor a una de las habitaciones en el piso superior. El resto extendió sus mantas en el patio, cerca de las caballerizas, aprovechando que la noche todavía no era demasiado fría.

Jorge se quedó mirando al cielo sin dormir a pesar del cansancio y las emociones del día. Cada noche, cuando se tumbaba bajo las mantas, sentía ahogo y añoranza por Santa Ana, lo más parecido a un hogar que había conocido.

*Era una buena vida*, pensó suspirando.

Desde la manta vecina José interrumpió sus pensamientos. “¿Puedes dejar de hacer ruidos? Quiero dormir”.

Jorge no contestó inmediatamente, todavía sumido en sus añoranzas.

-Echo de menos a mi madre –dijo simplemente.

Por una vez José fue considerado y cambió el tono de su voz.

-Era del país de Tayk, ¿no? –dijo con algo más de calidez.

Suspiró otra vez. “No. Siunia”.

Sabía que no podía tomar muy en serio los intentos de su hermano.

-Hace seis años que murió y apenas la recuerdo.

-Yo tampoco recuerdo a la mía –contestó José con voz inexpresiva –Creo que murió cuando tenía cuatro años. Sé que era de los Agalianos, pero no conozco a ninguno. Miraron a padre como un apestado después de caer en desgracia en Siria. No era habitual que su hermano se mostrase tan locuaz. Hablaba muy poco de su madre, que había sido la primera esposa de padre. Jorge se sintió interesado por la novedad.

-¿Qué pasó en Siria? No recuerdo que me lo hayas contado antes –preguntó para olvidar por un momento sus penas. Además padre nunca se dignaba en hablar con él de esos asuntos.

José respondió aburrido mientras cambiaba de posición. “No sabes muchas cosas, idiota. Eres el último en la familia si descontamos a Teo. Te toca obedecer y callar, especialmente ante mí”.

Jorge no se dio por vencido. “Cuéntame algo de eso, por favor. Sabes que padre apenas habla, sobre todo conmigo”.

Su hermano se resistió al principio, pero ante la insistencia y la amenaza de perder más tiempo de sueño se rindió con exasperación.

-Eres tozudo como una mula. Poco puedo contar, porque no estuve allí para verlo con mis ojos ni es algo que se habla en la familia. Y no creo que Miguel o los otros abran la boca porque padre salió mal parado. Sé que sirvió en Siria hace unos años.

-¿En Siria? –dijo Jorge con excitación - ¿Luchó contra los sarracenos?

-Creo que estaba en Antioquía del Orontes con el duque Dalaseno, que era un hombre muy importante. El duque era el señor de la frontera y salió en varias expediciones contra los egipcios. No sé mucho más. Hubo una batalla cerca de Apamea y fue un desastre. El emperador tuvo que volver de Bulgaria a toda prisa para salvar Antioquía y los que servían con el duque fueron castigados por la derrota. No creo que padre fuese cobarde, eso me parece imposible en él, pero debió tener mala suerte o le tocó mandar tropas mediocres, porque fue castigado y apartado del servicio. Lo recuerdo porque entonces todavía vivía mi madre y él

vino a casa. Mi madre estaba triste todo el tiempo y poco después murió. Entonces padre me llevó a Gangra, al convento de San Lázaro.

Se interrumpió durante un instante inmerso en esos recuerdos. Jorge estaba fascinado. No recordaba haber oído tantas palabras en la boca de su hermano desde que lo había conocido en Santa Ana.

José siguió hablando hablando en voz baja, casi para sí. “¡Qué pudridero! Estaba deseando escapar de allí. El tiempo se hizo insoportable hasta que Miguel apareció y me llevó a Colonia. Padre estaba allí esperando el perdón del emperador. Los mejores años de mi vida, puedes creerme”.

Incluso en la oscuridad podía reconocer que su hermano estaba sonriendo. “Nos pasábamos todo el día a caballo, practicando formaciones y el manejo de las armas. Allí conocí a guerreros de verdad, de los que estuvieron en la guerra contra los búlgaros con el *magistros* Uranos, nada menos. ¿Has oído hablar de él?”

Jorge negó con la cabeza. Su hermano asintió comprensivo. “Me habría extrañado. Era un gran hombre aunque en Santa Ana no te hablasen de él. En Colonia todavía quedaban veteranos que lucharon contra Esclero, ¿no es increíble?”

Jorge no sabía qué decir. Las noticias del mundo llegaban a Santa Ana con mucho retraso. El higúmeno Teopempto y el resto de los monjes no parecían muy interesados por las guerras del emperador y veían con desagrado que sus pupilos mostrasen gusto por asuntos que no concernían a Santa Ana. A pesar de eso algún eco llegaba de vez en cuando. Jorge había llegado a oír algún rumor sobre la guerra civil que había desgarrado la Romania durante muchos años. Entre susurros había oído el nombre de ese Esclero, que debía ser un demonio por lo menos, pero tenía que confesar que no sabía mucho más del asunto.

José no pareció muy preocupado por su ignorancia. “Luego todo acabó de repente. El año pasado padre me envió a tu monasterio ¡y gracias sean dadas a la Teotoco que hemos podido salir de allí! Esos buenos hermanos querían convertirme en uno de ellos y aplastarme con el peso de sus libros. No he nacido para pudrirme entre cuatro paredes. No soy como tú”, dijo moviendo con decisión la cabeza. “Esa vara está medida para tí, que eres medio monje en tu corazón. Quizá cuando sea

anciano y esté colmado de gloria y tierras me retire a un convento. A uno construido por mí, en donde los monjes me llamen señor”.

Se interrumpió de repente con aire malicioso. “Puede que te complazca saber lo que hablaban de ti los hombres el otro día”.

Jorge le miró extrañado.

-¿Qué tienen que decir de mí?

José le miró con seriedad durante un momento y después bajó la voz todavía más.

-Debes saber que padre tiene intención de castrarte y hacerte entrar en el servicio civil. La familia necesita todos los apoyos que pueda ganar en la Ciudad. Tú sabes leer y escribir bien. Como eunuco y con tu formación seguro que nos puedes ser útil si entras a servir en palacio.

Jorge le interrumpió con voz espantada “¡No, no quiero ser castrado! ¡Me escaparé!”.

José continuó implacablemente sin dejarse ablandar por su angustia. “No puedes hacer eso. Si padre ordena que corten tu virilidad deberás obedecer como buen hijo y poner tu palito en el tajo con una sonrisa”, dijo riendo.

Comprendió que se estaba burlando de él. Se recostó otra vez aliviado. Sentía su corazón latiendo alocadamente.

-¡Eres detestable y un hijo de zorra! ¡Virgen santa, me has llegado a asustar!

José se incorporó de nuevo. “No es tan mala idea. Seguro que tu pequeño miembro te ha valido de bien poco hasta ahora y si no lo utilizas no echarás de menos su falta. Yo mismo te haría el favor de cortarlo y ahorrarte el tormento de las pasiones carnales”.

-¡Corta tu verga si tanto deseo tienes, pero deja en paz la mía! –le replicó indignado.

Su hermano se rio en silencio y no contestó. Al cabo de un momento se dio la vuelta y se dispuso a dormir.

Durante un rato ninguno de los dos habló, hasta que Jorge volvió a preguntar.

-¿Sentiste algo?

-¿Cuándo?

-Hoy. En el desfiladero. ¿Te acuerdas de él?

José tardó un poco en contestar.

-No, duerme de una vez.